EL PACTO ANGLO-SOVIETI...

—Viene de la pág. 2a.

En esto vemos también la confirmación de la justeza de la política exterior de nuestro gobierno, que inflexiblemente se interesa por el reforzamiento de la srelaciones amistosas con Gran Bretaña y los Estados Unidos, así como todos los demás países amantes de la libertad, para acelerar la derrota de las hordas hitlerianas y su expulsión del territorio de nuestro país, y en nombre del triunfo de la causa de todos los pueblos amantes de la libertad, unidos en la lucha por su existencia y por un futuro feliz. El Tratado con Inglaterra, así como los resultados de nuestras negociaciones de Londres y Washington, refuerzan nuestra seguridad, la seguridad del Ejército Rojo y de todo el pueblo soviético, en que las fuerzas y la unidad de todos los adversarios del ejército hitleriano, crecen y se agrupan cada vez más. Refuerza nuestra seguridad en que se acerca la derrota de los invasores alemanes, en que ahora nuestra victoria sobre el bandidaje del imperialismo alemán, se acelera considerablemente. El Ejército Rojo, con su constante fortalecimiento, la inexpugnable retaguardia soviética y la ayuda militar creciente de nuestros aliados, desbaratará todos y toda clase de planes de los invasores fascistas alemanes. Nuestras fuerzas se robustecen. Nuestra seguridad en la victoria es firme como nunca. En nombre del gobierno me dirijo al Soviet Supremo de la URSS, proponiéndole la ratificación del Tratado expuesto, como documento que responde plenamente a los intereses del pueblo soviético. Bajo la gran bandera de Lenin y de Stalin, sostenemos nuestra heroica lucha liberadora contra el fascismo alemán. Bajo la gran bandera de Lenin y de Stalin, llevaremos esta lucha hasta la victoria final, hasta el triunfo de la causa de nuestra patria, y de todos los pueblos amantes de la libertad.

(Nota: Los subtítulos son de TRABAJO).

Se olvidó el crimen nazi en...

—(Viene de la pág. 3)

defendieron muchos establecimientos amenazados de saqueo, sin importarles que ellos pertenecieran a nazis o a fascistas o a falangistas. Demostramos que habíamos ido a la calle a protestar contra un crimen y no a cometer delitos. ¿Qué hacían entre tanto los censores de hoy? ¿Qué hacían los partidarios de las protestas decentes? Horripilados posiblemente, de los procedimientos de violencia, resolvieron mantenerse lejos del tumulto y se refugiaron en sus gabinetes a idear artículos untados de cultura para publicarlos después de que todo se hubiera calmado. Pero permítaseme en este punto hacer un paréntesis, para leer una serie de documentos que comprueban que el Partido Comunista fué la muralla más fuerte que encontraron los saqueadores en la noche del sábado. (Aquí dió lectura a los documentos). Estas son realidades. Pero yo no quiero limitarme a defender únicamente al Partido Comunista. Quiero defender a todo el pueblo. Cuando se examinen con calma los sucesos del sábado, se comprenderá que el pueblo de Costa Rica supo colocarse a la altura de su prestigio. Tómese en cuenta que el sábado se echaron a la calle alrededor de veinte mil personas. Si esa enorme cantidad de gente lo hubiera querido, a estas horas San José estaría en cenizas y absolutamente todos los almacenes estarían saqueados. Pero nada de eso ocurrió. Muchas ventanas fueron rotas, pero relativamente pocos fueron los establecimientos saqueados. Esto demuestra que el saqueo no fué obra del verdadero pueblo, de la clase trabajadora, de la clase media, sino obra de una pandilla de fascinerosos que posiblemente actuaron a sueldo de la Quinta Columna. Don Juan Bautista Ortiz presenció el momento en que un hombre—en su concepto de nacionalidad alemana— azuzaba a una turba a cometer desmanes. Un señor Roldán, que vive por los alrededores del Ferrocarril del Pacífico, vió a un extranjero con anteojos negros y el sombrero muy bajo, en una labor semejante. El dueño de la relojería Suiza, señor X X, observó que su establecimiento no fué apedreado por comunistas ni por demócratas sino por un grupo de gentes a quienes reconoció como de ideología nazista. Un miembro del Partido Comunista pudo tomar el número de un automóvil que conducía a unos individuos extraños, los cuales se dedicaron también a dirigir abusos. Estos hechos y otros que me reesrvo para el mejor éxito de la investigación que habrá de venir, nos lleva a la conclusión de que la quinta columna supo actuar con habilidad en la manifestación del sábado. El ex-diputado don Eduardo Chavarría, de filiación cortesista, es testigo de lo siguiente: Alrededor de las siete de la noche del sábado, al llegar yo a la esquina del Diario de Costa Rica, la multitud se empeñaba en destrozar totalmente el almacén de Feoli. Alguien me dijo: van a incendiar. Al mismo tiempo, un sujeto comenzó a gritar: ¡Vamos al Seminario! ¡Vamos al Seminario! Yo comprendí que la situación era grave. Subí entonces al "Diario de Costa Rica", solicité a dos empleados que encontré al micrófono de ese periódico, e hice un discurso a las gentes haciéndoles saber que la protesta había terminado y que debían abstenerse de más violencias y de saqueos. ¿Quién apedreó entonces el Seminario? ¿Quién apedreó la iglesia de Los Angeles? Yo le garantizo al pueblo, bajo la fe de mi honor, que esas piedras no fueron lanzadas con autorización ni con conocimiento del Partido Comunista. Tenemos razones para creer que fueron nuestros enemigos quienes consumaron el atentado como parte del plan fraguado para desnaturalizar la manifestación. Algo parecido puedo decir del ataqdue a los talleres de Bertolini. Nada tuvo que ver el Partido Comunista con lo que le ocurrió a este señor. Ignoro quién condujo a las gentes hacia allá. Y conste, que no es que nosotros ignoremos la ideología fascista de Bertolini; es que no habríamos sido tan idiotas como para darle pie de que nos lanzara los cargos que nos ha hecho. Y a propósito de Bertolini, bueno es que subraye esta situación: Mis pleitos con ese señor no se originan en razones de carácter personal. Para mí, lo más cómodo habría sido mantener buenas relaciones con él. Mi Partido se le enfrentó a Bertolini cuando consideró que Bertolini estaba perjudicando a la comunidad. Yo, como dirigente del Partdo, tuve que ponerme al frente de la lucha. Infinidad de personas estaban sintiendo y pensando lo mismo que nosotros. Pero ninguna se atrevió a hablar. Todas prefirieron que las castañas fueran sacadas de las brasas por mano ajena. Cundo se trata de sacar castañas, para todas esas personas, el Partido Comunista es un gran Partido. Me eché, pues, a Bertolini encima, defendiéndole sus intereses a la comunidad. Y hoy que Bertolini se aprovecha de las circunstancias para atribuir al Partido responsabilidades que no tiene y para presentarme a mí como instigador de una cobardía, todos aplauden. No sería raro, que los mismos que me felicitaron a mí, estén felicitando al ingeniero Bertolini. Les sacamos las castañas del fuego, y ahora se solidarizan con nuestro enemigo para golpearnos inicuamente. Desde luego, esto nos tiene sin cuidado. Nosotros no actuamos por quedar bien con éste o con aquél, sino para cumplir con nuestro deber. Pero es bueno que la inconsecuencia se destaque ante los costarricenses honrados, a fin de que se vea cuál es el origen de uno de los rumores que circulan contra el Partido Comunista.

Permítaseme ahora explicar, cómo fué que el Partido Comunista llegó a participar en la manifestación del sábado.

Nosotros no organizamos esa manifestación. Nosotros fuimos invitados a participar en ella, por el Comité de Unificación de Organizaciones Antitotalitarias. Pero la primera idea para la manifestación había partido de la Junta de Defensa Civil. El sábado temprano, busqué a don Fernando Valverde y le dije: "Temo que la manifestación fracase porque ustedes le han hecho muy poca propaganda. Si esto se hubiera organizado con más tiempo nosotros habríamos podido movilizar mucha gente. Pero en estas condiciones, me temo que hasta tengamos dificultades para movilizar a los propios militantes de nuestro Partido". El señor Valverde me contestó: " Usted está equivocado. Es cierto que la propaganda ha sido deficiente, pero la indignación es muy grande. La manifestación va a ser enorme. Ya lo verá". En ese mismo momento el señor Valverde me notificó que yo debía hablar en la manifestación. Le pregunté el lugar, y me dijo que en la esquina del Parque Central. Luego, resolvió que en al esquina del Parque hablara don Otilio Ulate, y que yo hablara al terminar la manifestación. Se me dijo que en la Casa Presidencial, además de mi discurso, haría otro don Enrique Capella, en nombre del Comité Pro de Gaulle. Como a las dos de la tarde conversé de nuevo con don Fernando en su librería. En ese momento don Fernando se encontraba en compañía de don Adriano Arié, otro de los organizadores de la manifestación. Entonces me enteré del plan. La gente se reuniría en el Parque Central, donde hablaría don Otlio Ulate. La manifestación subiría por la Avenida Central un trecho; luego cogería la Avenida de las Damas para llegar a la Casa Presidencial. En este lugar, hablaríamos el señor Capella y yo. Luego, seguiríamos para la Legación Americana, donde hablaría don Roberto Brenes Mesén. Allí quedaría terminado todo. Pregunté el tema de mi discurso. El señor Valverde me dió instrucciones concretas y a esas instrucciones me ajusté lealmente más tarde. A las cinco de la tarde, comenzó a caer lluvia. Bajo la lluvia logré llegar hasta el "Diario de Costa Rica". Creí que el agua impediría la manifestación. Pero pronto comprendí que estaba equivocado. A pesar de la lluvia los ciudadanos se movían en las calles. En las oficinas del "Diario" hablé, entre otras personas, con don Otilio Ulate y con don José Joaquín Quirós. Con el señor Ulate hablé de su discurso. Me dijo que estaba indeciso; que en ese momento no tenía nada en la cabeza. Entró luego don Fernando Valverde y le notificó al señor Ulate que le correspondía hablar en la esquina del Parque Central. Momentos después bajé del "Diario" y me fuí para el Parque. Allí me encontré con el Dr. Padilla Castro. Me extraño que hubiera poca gente. Momentos después, vi una multitud que se dirigía hacia la Botica Francesa. Recuerdo que le dije al Dr. Padilla: "Como que no ha habido tiempo de organizar bien esto. Entiendo que en esta esquina debe hablar don Otilio Ulate. ¿Para dónde irá esa gente?". Después supe que habían pasado frente a la oficina del Dr. Acosta Guzmán apedreándola. La gente siguió hacia el Seminario, dió la vuelta a la manzana y luego llegó a la esquina donde nosotros nos encontrábamos, pero cruzó hacia la Avenida Central. Llamé la atención a uno de los que dirigían y le dije que si al fin no se iba a hacer discurso en esa esquina. Me dijo que no, que don Otilio hablaría cuando la manifestación pasar por su periódico. Sin embargo, la manifestación cambió de rumbo, y se dirigió a la Voz de la Víctor. Nadie, a lo que yo entiendo, pudo detener ya la gente. La manifestación salió antes de tiempo. Al llegar al almacén de Feoli, comenzaron las pedradas. Recuerdo también que don Adriano Arié se paró frente al edificio para evitar el destrozo y no consiguió nada; casi lo apedrean a él. Siguió el desfile y dobló en la esquina de Musmanni hacia la Avenida Central. La panadería Musmanni fué apedreada. Continuó la manifestación adelante. Otros edificios fueron apedreados. Recuerdo que el mayor Ramos, que caminó un rato a la par mía, me dijo entusiasmado: ¡Vea usted qué hermoso espectáculo! ¡Las gentes rompen las ventanas pero no tocan ni una corbata! Y en efecto, así era, nadie robaba. Los robos comenzaron en la noche, pero los ladrones ya no fueron los manifestantes, sino los hampones que entraron en acción cuando había sombras en al calle y cuando el peligro de una reacción casi no existía. Más o menos en la esquina de La Despensa, fué que entraron en acción los agentes de la quinta columna. Eso he podido colegirlo posteriormente. Allí fué donde don Juan Bautista Ortiz sorprendió al extranjero incitando a las gentes a dirigirse a la casa del Dr. Corvetti. Allí la manifestación se dividió en grupos que cogieron en diferentes direcciones. Uno de esos grupos se fué hacia el almacén Reimers. Yo iba llegando a la Foto Sport, cuando me lo dijeron. Entonces me devolví para tratar de defender una casa situada frente a ese almacén y que yo temí que fuera apedreada por tener sus habitantes algún parentezco con alemanes. Cuando hubo desaparecido el peligro volví a la Avenida Central y continué con la manifestación. Se me dice que cerca del Templo de la Música nuevos grupos se separaron del desfile incitados por individuos desconocidos y cogieron por diferentes rumbos. De eso, yo no me di cuenta. Es claro que todas estas maniobras estaban por completo fuera del plan de los organizadores quienes tenían interés en que tanto frente a la Casa Presidencial como frente a la Legación Americana, la agrupación de ciudadanos fuera muy grande. Por lo que supe luego, cuando nosotros estábamos hablando frente a la Casa Presidencial, ya los fascinerosos estaban saqueando en los alrededores de la ciudad. Pero esto nosotros ni siquiera lo sospechábamos. Nosotros creíamos de buena fe, que en la Legación Americana terminaría el movimiento. Yo estoy acostumbrado a hacer grandes manifestaciones con el Partido Comunista. Nunca esas manifestaciones han derivado en desórdenes. En épocas de agitación política, don Ricardo Jiménez nos dejó desfilar sin vigilancia siquiera de las autoridades y supimos siempre mantener el orden. De esta vez—a pesar de que yo no era organizador del movimiento—confieso que me equivoqué. No tomé en cuenta el desborde de pasiones ni la intervención de la quinta columna. Lo confieso. Pues bien: frente a la Casa Presidencial yo tuve intenciones de no hablar, porque consideré que ya era muy tarde. Esperé a que hablara el señor Capella y me situé en la acera del Parque Nacional. Pero don Fernando Valverde vino a decirme que debía hablar. Entonces fué que crucé la calle e hice uso de la palabra. El señor Valverde es testigo de que no hablé caprichosamente. Me concreté a plantear las cuestiones que se me dijo que debía plantear. Naturalmente, la forma y la vehemencia fueron mías.

Los jóvenes que integran el llamado "Centro para el Estudio de Problemas Nacionales", han salido, con el aire doctoral que les es característico, a criticar mi discurso y el del señor Presidente de la República. Dicen francamente que esos discursos fueron hechos expresamente con el fin de echarle leña a la hoguera. Yo, francamente, no me siento enojado por tan malévola imputación. Pero me siento extrañado de la actitud de estos jóvenes. No me parecen jóvenes. Me recuerdan mucho a los jóvenes envejecidos de que hablaba González Prada. Parecen viejecitos venerables, dando consejos a los jóvenes locos y desordenados. Están siempre sobre una torre de pulcritud y de decencia. Desde lo alto de esa torre, observan los movimientos de la chusma. De cuando en vez, le dejan caer a esa chusma, con aire protector—como migajas de su erudición—unas frases prudentes y científicamente redactadas. Le dan consejos a todo el mundo. Aquí sólo ellos saben Derecho; sólo ellos entienden de economía, y de finanzas, y de agricultura, y de poesía y de gimnasia. Se pasean por esas calles con aires de niños genios, mirando a todo el mundo por encima del hombro y como diciendo: Aquí vamos nosotros, los que todo lo sabemos, los que nacimos para redimiros a vosotros, pobres diablos! Yo desde luego, no puedo negar que estos jóvenes son talentosos, cultos y estudiosos. Pero, repito, que no me parecen jóvenes. Hablando de estas cosas con un amigo, me decía: Usted tiene razón. Pero, ¿por qué se extraña? A los jóvenes también les da por jugar de trencito o de guerra. Estos muchachos están jugando hoy de sabios, de prudentes y de estadistas. Con el tiempo, dejarán de jugar y se pondrán a trabajar deveras. Y este amigo tiene razón. De otra manera, cómo sería posible tomar en serio las recriminaciones de esos muchachos? ¿Qué pretendían? Que en momentos en que nuestro país acababa de ser masacrado en la persona de 23 hijos suyos, nosotros habláramos en tono apacible? Pretendían que hiciéramos discursos académicos, con citas sacadas de los Evangelios o de Shakespeare y con elucubraciones filosóficas? Ellos tan serenos y tan acostumbrados a la vida cómoda y tranquila, habrían podido hacer eso y más. Yo, que he salido del pueblo, y he pasado toda mi vida peleando por mis ideales, no podía. Llamé las cosas por su nombre. Dije asesinato donde ellos habrían dicho: "defunción provocada ilegitimamente"; llamé bandoleros a quienes ellos habrían llamado "hombres irrespetuosos de la moral y las leyes". Pedí al Presidente armas para el pueblo de Costa Rica, para que el pueblo pueda luchar contra los invasores cuando el momento de la invasión llegue. Los jóvenes no habrían pedido armas y mucho menos para la chusma. Ellos habrían exigido unos veinte mil ejemplares de Carreño para repartirlos entre los japoneses—traducidos desde luego a su lengua—en caso de un desembarco, etc. Reconozco ese pecado: llamé bandoleros a los nazis, protesté contra el crimen que cometieron, y pedí armas e instrucción militar para el pueblo. Con eso puse en peligro las propiedades de algunos nazis. Pues que me perdonen los cultos jóvenes y espero aprender de ellos algún día la forma más decente de manejar masas y de decir discursos.

Un cargo semejante formulan estos mismos jóvenes contra el señor Presidente de la República. Ese cargo oí que lo repetía hace un momento don José Figueres. Yo no soy gobiernista ni fui calderonista. Pero siempre he sabido decir la verdad, y ahora tengo que decir, que tanto los jóvenes del Centro, como el señor Figueres han sdio, en ese aspecto, descontrolados por la pasión. El señor Figueres acaba de decir, que el Gobierno está en manos del Partido Comunista y el Partido Comunista está en manos de la chusma. Por consiguiente, el Gobierno está en manos de la chusma. No pensaba lo mismo el señor Figueres cuando hace muy poco tiempo invitaba al jefe de esa chusma a ir a su finca a dar conferencias a sus peones. No pensaba lo mismo el señor Figueres cuando hace apenas pocos días, cuando yo trataba de conseguir la unificación política de todo el pueblo, me felicitó y me deseó buena suerte. El señor Figueres me conoce muy bien; sabe cuál es mi criterio frente a los problemas nacionales y, por consiguiente, tiene base para entender que la economía nacional estaría organizada de otra manera si el Partido Comunista tuviera en el Gobiedno la influencia de que él habla. Ha hecho mal un hombre tan serio y talentoso como don José Figueres en hacerse eco de un rumor que han echado a correr por las calles gentes sin escrúpulos que lo que persiguen es sembrar el caos en la república, en este momento de peligro nacional. Si yo tuviera influencia en el Gobierno no habría fracasado mi plan de unidad nacional; ni habría fracasado, como creo que va a fracasar, nuestro plan de tregua política. Lamento que el señor Figueres se haya dado cuenta tan tarde de los males de que padece el país. Esos males vienen de muy atrás. ¡S hoy nos faltan maíz, frijoles y arroz, no es sólo por imprevisión de este Gobierno—imprevisión que no niego— sino, sobre todo, por imprevisión de los gobiernos anteriores y por imprevisión de los ciudadanos capacitados, como el señor Figueres, que vienen a hablar de los males cuando tenemos ya los males encima. Ninguna culpa tiene de todo eso el Seguro Social, ni las garantías sociales. El señor Figueres lo sabe. No tenía necesidad el señor Figueres, de atacarle al pueblo sus conquistas para atacar al Gobierno. Yo sé que él no es un finquero tacaño. Conozco su generosidad y por eso sólo puedo atribuir a pasión política sus ataques para el Seguro Social y para las garantías sociales. El señor Figueres censura al Gobierno por estar haciendo política. Yo estoy de acuerdo con el señor Figueres: el Gobierno no debe hacer política. Pero, permítame don Pepe que le diga, que él mismo debió aplicarse una regla semejante. En estos momentos tan graves para la vida del país, la acción de todos nosotros, ciudadanos conscientes, debe dirigirse a unir y no a desunir. Me habría gustado mucho oír los planes de organización económica que el señor Figueres iba a exponer cuando su discurso fué cortado en forma que lamento mucho. Me habría gustado oír esos planes, porque yo veo en el señor Figueres, es no sólo una de nuestras más robustas mentalidades jóvenes, sino también al candidato del partido Cortesista para la Secretaría de Hacienda. Tal es el criterio que le he oído a dirigentes muy destacados del cortesismo. Le aconsejo al señor Figueres—si es que la estimación que le tengo me da derecho a darle un consejo amistoso—que ponga sus conocimientos al servicio, no de la politiquería sino del país. Si el Gobierno hace mal en hacer política picadista, el señor Figueres no ha debido hacerla cortesista, a base de injusticias tan grandes como ésa de afirmar que el Presidente fué el responsable de los saqueos y que el Gobierno está entregado al Comunismo. Es muy curioso que esa noticia, ya en poder del señor Figueres, no le haya llegado todavía al señor Arzobispo. ¿O será que también el Arzobispo está en manos del comunismo? Por ese camino, el día menos pensado, voy a resultar yo oficiando una misa pontifical en la Metropolitana.

Y voy a terminar este discurso porque he ocupado más tiempo del que me correspondía.

Tengo noticias exactas de que hasta la redacción de "La Tribuna" ha llegado el rumor de que en la noche del sábado, yo participé en los saqueos y aprovisioné mi casa. Hay quien afirma que me vió manejando un camión cargado de mercaderías. Otros dicen que vieron descargando jamones y licores en mi casa. ¿Será necesario que me defienda de esta infamia? Esta pregunta me la he hecho muchas veces. Y me he resuelto a decir unas palabras de protesta. Protesto contra esa nueva maniobra de la quinta columna y protesto contra las personas que conociéndome, le dan impulso. Ningún costarricense responsable puede ignorar que si yo quisiera ser rico no necesitaría saquear; me bastaría hacerme el tonto y dejar que ciertas fuerzas me metieran rollos de billetes en la bolsa. Tengo una profesión en la que habría podido ganar muchos miles de colones. El Juez Segundo del Crimen es testigo de que hace poco rechacé un caso que me habría podido reportar muchos miles de colones, por un escrúpulo de carácter moral; porque no quise defender a sujetos que hicieron su capital mediante manejos turbios. En cambio esos sujetos están en buenos tratos con abogados distinguidos de los que posiblemente arrugan la cara para hablar de la chusma y de su jefe. Mi vida está limpia. La he vivido a plena luz. La he dedicado a servirle al pueblo y no tengo pasta para convertirme en capitán de bandoleros. He sido todo lo contrario. Por eso muchos bandoleros son mis enemigos.

¡Costarricenses que me escucháis! ¡El momento es muy grave para el país! ¡Ya la quinta columna está trabajando con más astucia que nunca! Pensad lo que os venga en gana del Partido Comunista, pero nunca lo confudáis con un Partido de malhechores. No olvidéis que el Partido Comunista está integrado por hombres que saben ganarse la vida trabajando, y que tienen en sus venas la sangre de los viejos costarricenses, que fué sangre de hombres sencillos, pero honrados y patriotas. Es lógico que contra nosotros estén los politiqueros, porque nosotros queremos que se acabe la política que les sirve a ellos para medrar. Pero no es lógico que los costarricenses honrados estén contra nosotros, porque nosotros no hemos cometido otro delito que quitarle caretas a los pícaros y defender la seguridad y la dignidad de Costa Rica.

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.